

se empleaban en la caza y en la guarda del ganado mayor. Estos perros según Aristóteles, eran más pequeños que los de las razas griegas. Eliano habla de los perros de Memfis. Strabón cita los de Etiopía, de talla pequeña, pero muy valientes.

Los monumentos egipcios nos muestran varias especies, entre las cuales se nota desde luego una clase de perro zorra, de orejas derechas y cortas, de hocico puntiagudo, que en la actualidad todavía se encuentra en los bazares del Cairo. Luego se nota otro perro más impetuoso, de orejas largas, derechas como las del chacal, con el que, sin embargo, no se confunde: es el lebrél de África. Estos perros son largos y delgados; tienen las orejas colgantes y la cola deshilachada. Todos eran apropiados para la caza.

Otros canes, que figuran al lado de sus amos como perros de caza y de puro solaz y entretenimiento, son más pequeños, tienen las orejas derechas, y se observa entre ellos una variedad que tiene las piernas muy cortas, semejantes á las del zancero. Pertenecen exclusivamente á la duodécima dinastía, y parece que proceden de una importación extranjera. Hay algunos que se acercan más, por su semejanza, á los falderos.

Por último: las pinturas y las esculturas egipcias nos presentan también dogos ó mastines muy parecidos á los que hemos visto representados en los monumentos asirios.

Los perros de la raza cirenaica provienen del cruzamiento del perro y del lobo. Nemesio, natural de Cartago, elogia el ardor de estos mestizos, añadiendo que de ningún modo deben ser desdeñados. Eran de talla pequeña, y por ello se les designa con el diminutivo *catuli*.

Únicamente Plinio menciona á la raza canaria, y aun de un modo accidental. Hablando de las islas Afortunadas, deriva la etimología, por cierto poco verosímil, de la palabra *canis*, de *Canaria*, á causa de los muchos perros de talla enorme que había en ellas. Toma estos detalles de Iuba, rey de la Mauritania, que los había visto.

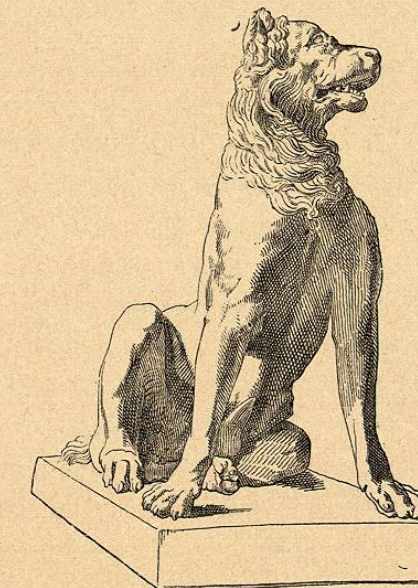
RAZAS EUROPEAS.—Pueden contarse hasta cuatro principales: la griega, la itálica, la céltica y la británica, á las cuales se pueden añadir algunas diversas especies.

RAZA GRIEGA.—Si hemos de dar crédito á los escritores cinegéticos, las razas caninas originarias de Grecia fueron numerosas. Opiano, en los comienzos del siglo III de la era cristiana, hace mención de los perros de la Arcadia, de Argos, de Lacedemonia y del Taigetes: los de Amorgos, una de las Cíclades, y los de la Élide; y, por último, los de Locres y los molosos. El Pelo-

poneso solamente tendría de cuatro á cinco especies diversas, y todavía habría que añadir á esta lista, según Gracio Falisco, los perros de Etolia, y, según Poluso y Eliano, los de Eretria, que el último cita dos veces. Pólux, en su largo catálogo, nombra, además, los perros de Ticiona, los de Chaonia, que son probablemente los mismos molosos y los psílicos (de Psylo en Acaya): distingue los laconios y los laceros. La mayor parte de estas razas, de que solamente se hace mención una vez, y sin ningún detalle que permita caracterizarlas y separarlas de las otras, no son, probablemente, sino variedades que tuvieron más ó menos duración.

Con respecto á las razas griegas propias para la caza, Jenofonte no conocía más que la severiana y la laconia; y Nemesiano, cinco siglos más tarde, no recomienda, entre los perros de esta comarca, sino á los de Esparta y á los del Epiro. Por consiguiente, no admitiremos más que seis especies principales de perros de la raza griega: 1.º los epirotas ó molosos; 2.º los espartiatas ó laconios; 3.º los locrianos; 4.º los etolios; 5.º los arcadios; y 6.º los de Siciona.

Algunos eruditos han querido hacer de los epirotas y de los molosos dos especies distintas; han visto en el



Moloso

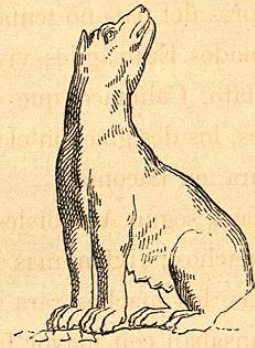
perro del Epiro un mestizo de la especie llamada por Buffón *gran danés*, cruzado con el mastín; y, para ellos (Linneo también participa de esta opinión), el moloso es el dogo grande. Millín, que había creído reconocer en las medallas varias especies de perros, había identificado nuestro dogo y el célebre moloso. Pero la distinción admitida por Linneo no descansa sobre

ningún documento de alguna importancia, ni en ninguna observación seria. Varrón es uno de los raros autores que menciona á los perros del Epiro; y no conocía, por otra parte, en junto, sino tres especies: estos últimos, los de Laconia y los de Salento. Antes que él, un autor griego, Clito el aristotélico, dice que Policrato de Samos hizo venir, entre otros objetos de lujo, perros del Epiro; pero que Alexis, que era natural de esta isla, en el libro tercero de su obra *Horas samientes* refiere precisamente el mismo hecho: nombra, en vez de los perros epirotas, á los molosos. Es, por consiguiente, casi cierto que los unos y los otros no formaban más que una sola especie.

Nicandro de Colofonte es el único escritor, que sepamos, que haya distinguido á los perros de Chaonia (parte del Epiro) de los molosos. Atribuye, tanto á los unos como á los otros, un mismo origen fabuloso: los hace descender del perro que Vulcano había fabricado con el cobre de Demoneso. Esta raza, junto con la de Esparta ó de Laconia, es la que conocemos mejor. Opiano, en detalle, no ha descrito sino dos perros. Sin indicar, nombrándolas, las especies, el primero es, probablemente, el del Creta ó de Laconia; el segundo, indudablemente, es el moloso. Dice, de éste, que ataca á los toros, á los jabalíes impetuosos, y ni teme á los leones. Su talla es enorme: tiene el hocico chato, con cejas muy espesas, que sombream sus ojos y les dan un aspecto terrible; sus pupilas centellean en sus inflamados ojos; su robusto cuerpo está cubierto de un pelo espeso, y presenta una espalda ancha. Cuando está irritado, dice Lucrecio, sus abultados labios, muy flexibles, se contraen y dejan ver los dientes; cuando ladra, llena los alrededores con su retumbante voz. Alternativamente está silencioso, y, cuando es preciso, ladrador terrible en la caza; de grande apetito, pero ardoroso; lleno de valor más que ninguna otra especie; excelente cazador, rastreando admirablemente. También es excelente guardián de ganados, y no retrocede jamás delante de las bestias feroces de las montañas.

Los rasgos dispersos que reunimos aquí parecen referirse á un tipo semejante al del perro de pastor, ó del perro lobo, que es quizás el tipo primitivo de las razas europeas, mejor que el del dogo, al cual se le ha querido asimilar. Tal es el magnífico animal restaurado y publicado por Bartolomé Cavaceppi, que no vacilaba en atribuirlo al mismo Fidias. Dos hermosos perros de mármol, colocados en el vestíbulo del Museo de los Oficios, en Florencia; otros dos en el Museo del Vaticano, y algunos otros más, representan á individuos

de la misma raza. Son raras las figuras antiguas de dogos. La mayor parte de los animales que semejan al primer golpe de vista á los dogos, como el que se ve en uno de nuestros grabados, no tienen la cabeza redonda, la frente saliente, el hocico chato, los labios pendientes, que constituyen los verdaderos caracteres de la especie. El grupo que está colocado al lado de Diana está sacado del Museo del Capitolio. Es un perro



Perro del Museo del Capitolio

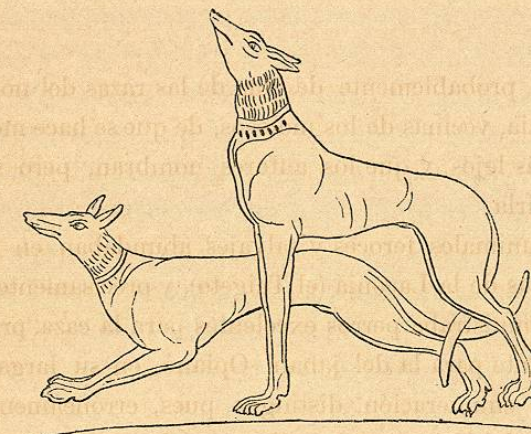
de caza, probablemente de una de las razas del norte de Grecia, vecinas de los molosos, de que se hace mención más lejos, y que los autores nombran, pero sin describirla.

Los animales feroces y salvajes abundaban en las montañas de la Laconia (el Taigeto), y precisamente el país suministraba perros excelentes para la caza, principalmente para la del jabalí. Opiano, en su larga y confusa enumeración, distingue, pues, erróneamente, al perro del Taigeto del de Esparta. Es probable que los perros de Argos, y tal vez los de Arcadia, no formaban tampoco especies diferentes. Al decir de Aristóteles, el hocico prolongado de los laconios explica la finura de su olfato. Por lo flaco de sus ijares, y lo delgado de su talla, es fácil reconocerlos como grandes lebreles. Esta hermosa especie se ha perpetuado en Grecia. En numerosos vasos griegos, donde están pintadas las cacerías del ciervo, del jabalí, ó asuntos como la muerte de Acteón, la de Orveris, etc., se ven perros semejantes á éstos, que acompañan algunas veces á los guerreros, corriendo al lado de los caballos, ó bien atados debajo de las mesas en que están comiendo sus amos; ó bien se hallan mezclados en las escenas de carácter familiar, que confirman lo que nos dicen los autores respecto á la afición que en todas partes se tenía para buscar perros de esta especie. Otro de nuestros grabados está copiado de una copa que existe en el Museo de Berlín, de ejecución esmeradísima en todos los detalles, y en la cual se ven mancebos muy bien

vestidos y peinados con exquisito gusto, cerca de uno de los cuales se halla un perro de Laconia. Al lado de las estatuas de Diana, de las de Meleagro, ó de otros cazadores de la fabula, y también en muchos bajos relieves, están representados asuntos de caza, en los cuales se observan perros que tienen los caracteres de la misma raza.

Si hemos de creer á Virgilio, la fama de los perros de Laconia ó de Amiclea había penetrado hasta el África, y los pastores del país no tenían otros para la guarda de sus ganados. Eran ágiles, vivos, impetuosos, y de excelente olfato. Calímaco, que les atribuye las mismas cualidades, los designa con el nombre de *cinosurides*, de Cinosura, en Laconia.

Las perras de caza, según Aristóteles, estaban mejor dotadas que los machos; vivían más tiempo, ordinariamente doce años; los machos rara vez pasaban de los diez, y se amansaban con mayor facilidad; lo mis-



Lebreles

mo las hembras que los machos eran fecundos á los ocho meses. Cruzábase á la perra de Laconia con el moloso. También se pretendía que los laconios eran originarios de los mestizos de la zorra y del perro, y se les daba también el nombre de *cyndalopeces*, perros zorras, ó *alopecidos*, ó *lampurites*, nombre dado á la zorra á causa de su bella cola roja. Esta última denominación y la de *castorides* no servían, probablemente, sino para designar la variedad de la misma especie.

Los perros de Esparta son análogos á nuestros grandes lebreles, y son los mismos que hoy en la Morea gozan de cierta celebridad.

Cuenta Chateaubriand que había comprado en Misitra un perro del Taigeto que tenía mediana talla, el pelo leonado y áspero, la nariz muy corta y el aspecto salvaje. Este retrato, aunque incompleto, podrá concordar con los *alopecidos*, de los cuales se ocupa Jen-

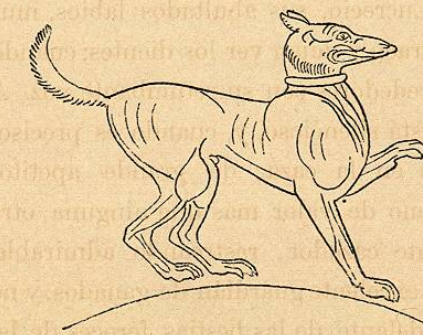
fonte, señalando con cuidado sus defectos. Como degeneraron rápidamente, cayeron en descrédito. Á este propósito conviene recordar las observaciones hechas por la comisión científica de Morea acerca de los perros de este país. Bory de Saint-Vincent, dice que los perros de Morea son en extremo feroces, y que los de Laconia no sobresalen en nada sobre los perros de otros cantones, y añade que á su juicio todos han salido de la raza que los antiguos designaban con el nombre de *molosos*.

Son vigilantes, desconfiados, callados, bravos y prudentes; tienen el pelo erizado, generalmente negruzco; las orejas derechas y cortas, el ojo saliente y vivo, y la cola fuerte, robustos, y son descuidados y muy castigados por sus dueños, que profesaban á pesar de todo gran estima á aquellos canes. Añade Bory de Saint-Vincent que pertenecían á la raza del perro de pastor; y la corta descripción que hace concuerda con la precedente, y confirma lo que hemos dicho acerca de la unidad primitiva de raza y del regreso á esta unidad.

Al lado de las dos grandes razas griegas del Epiro y de Laconia, es preciso hacer mención de algunas variedades indicadas á menudo por un solo nombre en los autores de fecha relativamente próxima; tales son:

Los perros locrianos, acerca de los cuales no poseemos detalle alguno característico.

Los etolios son ligeros, infatigables, de nariz excelente, pero ladradores inoportunos. Para corregir este defecto se cruzaba al moloso con la perra de caza de



Lebel de Laconia

Etolia. El cazador debe saber que estas tres comarcas: el Epiro, la Lócrida y la Etolia, son vecinas y de corta extensión.

Los perros arcadianos debían tener algo de la majestad del león, y se decía de ellos que provenían de dos razas mezcladas.

En la jauría de Acteón, descrita por Ovidio, figuran tres de estos perros. En uno de los dos catálogos de la misma jauría, hechos por Hygin, se encuentra un pe-